VERDAD Y LIBERTAD EN EL EVANGELIO 1-2

1743 Dios ha querido 'dejar al hombre en manos de su propia decisión' (Si 15,14). Para que pueda adherirse libremente a su Creador y llegar así a la bienaventurada perfección (cf GS 17, 1).

1744 **La libertad** es el poder de obrar o de no obrar y de ejecutar así, por sí mismo, acciones deliberadas. La libertad alcanza su perfección, cuando está ordenada a Dios, el supremo Bien.

1745 La libertad caracteriza los actos propiamente humanos. Hace al ser humano responsable de los actos de que es autor voluntario. Es propio del hombre actuar deliberadamente.

1746 La imputabilidad o la responsabilidad de una acción puede quedar disminuida o incluso

anulada por la ignorancia, la violencia, el temor y otros factores psíquicos o sociales.
1747 El derecho al ejercicio de la libertad, especialmente en materia religiosa y moral, es una exigencia inseparable de la dignidad del hombre. Pero el ejercicio de la libertad no implica el pretendido derecho de decir o de hacer cualquier cosa.
1748 "Para ser libres nos libertó Cristo" (Ga 5, 1).

En las sociedades humanas, hay disputas y tensiones porque los hombres tienen libertad y opiniones propias. La gran tentación es siempre suprimir la libertad para erradicar el mal. Cuántas veces ante éste, los reproches del hombre hacia Dios son, en el fondo, una queja porque no se porta como un dictador. Pero la erradicación del mal por la eliminación de la libertad es, al mismo tiempo, la extinción del bien. Al final tendríamos una paz

neutra, sin bien ni mal; no una paz por la sobrepujanza del bien, sino la paz del hormiguero donde, por cierto, lo que abundan son los seres neutros y estériles, las obreras.- «La paciencia de Dios confunde la prepotencia del hombre» Benedicto PP XVI.

La Iglesia católica no es de los hombres, es de Dios y aquí es donde duele: representa la belleza, la verdad, la bondad, la trascendencia de Dios y, aunque está hecha por hombres, no ha sucumbido en estos más de veinte siglos. A los hombres, lo que les ofrece es una versión moral de la existencia y un conjunto de senderos con norte claro para no desorientarse. ¿Por qué? Porque –queramos reconocerlo o no– el suceso de la manzanita de Eva ha dejado herida –no muerta– la naturaleza del hombre. Quizá sea éste el origen de los ataques a la Iglesia católica y a sus instituciones: no querer aceptar que el hombre debe ser sanado con un tratamiento eficaz –por cierto, muy radical, porque afecta a la totalidad del ser humano–, y recetado por los representantes de Dios en la tierra. Y en esa receta mágica se contempla cómo vivir con dignidad, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios; cómo ser feliz a través de la familia; cómo entender que es

más importante ser que hacer o tener; o cómo morir con dignidad de hijo de Dios, entre otras numerosas afirmaciones o vibraciones positivas.

¿Por qué es tan difícil conseguir una convivencia pacífica, basada en el respeto a la libertad de las conciencias, que no es lo mismo que libertad de conciencia? Porque el cristianismo va a la raíz de las cosas, no postula soluciones aguadas, ni banaliza los problemas, ni, mucho menos, trivializa la verdad... Al contrario, ofrece alternativas exigentes, pero basadas en el amor que Dios nos tiene, y con el que podemos afrontar todo aquello que nos parezca un escollo u obstáculo insalvable. Por eso, existen minorías minoritarias incapaces de asumir esta realidad, y, en lugar de respetarla o pasar olímpicamente, se revuelcan, atacan, buscan cómplices, y hacen daño. Lo mejor es ignorarlas, no hacerles propaganda, no colaborar con la mentira y dejar que transcurra el tiempo, ése que coloca las cosas y personas en su sitio. MMVI.III

Hacia una nueva barbarie

La libertad y la responsabilidad fundan el carácter moral del ser humano y lo apartan decisivamente del animal. Son conceptos de ardua definición, y al intentar precisarlos llegamos fácilmente a contradicciones, paradojas o caminos sin salida; pero, con todo, resultan imprescindibles para caracterizar la condición humana.

El contenido esencial de los utopismos consiste en la negación de la libertad y su correlato la responsabilidad. Y se entiende su poderosa seducción: quisiéramos librarnos de

ese modo de ser, a menudo tan penoso, pues la libertad lleva aparejada la incertidumbre, la inquietud humana, el malestar en la cultura, que Freud atribuía a otras causas. “La libertad no hace al hombre feliz –acertó a decir Azaña–, solamente lo hace hombre”.Quisiéramos, por tanto, encontrar el modo de que nuestra conducta estuviese guiada por el instinto, como la de los animales, conducta certera o en todo caso ajena a la moral, según elogiaba Walt Whitman: los animales “no sudan ni gimen por su condición, no yacen despiertos en la oscuridad ni lloran sus pecados". Por ello son más felices.

Perdido en gran medida el instinto, queda un recurso: una organización, un Estado todopoderoso y omnisapiente, que indique a cada cual qué hacer y cómo hacerlo. Pero, ¿es concebible tal sabiduría en una organización social y la voluntaria sumisión a la misma? Sí, si esa organización posee la varita mágica, es decir, la ciencia, en rigor un instrumento superior a la varita mágica. La ciencia busca, y en gran medida encuentra, el saber seguro y no opinable, el episteme, descartando la doxa. ¿Será posible conocer del mismo modo, con la misma seguridad, la condición humana, de modo que ideas tan difusas o engañosas como la libertad, y tan penosas como la responsabilidad, queden borradas? Las interpretaciones de pretensión científica han

abundado, unas basadas en la sociología (el individuo es simplemente un producto del medio social), la economía (la conducta del hombre se explica a partir de sus intereses “materiales”), las psico-sexuales o conductistas a lo Skinner, etc. La penúltima varita mágica es el estudio del cerebro, de “las bases biológicas de la conducta humana”, lo cual suena más científico porque abandona el terreno dudoso de las ciencias sociales para inscribirse en el más prestigioso de las naturales.
Ciertamente el conocimiento del cerebro tendrá amplias y contradictorias aplicaciones. Una de ellas, como en los casos anteriores, el intento de liquidar la libertad en nombre de la felicidad, o si se prefiere, de la "adecuación biológica", científicamente determinada. Por fortuna, no será la única aplicación.

La libertad es el mayor bien que los cielos han dado a los hombres".

El tema es de extraordinaria importancia en un momento histórico y cultural en el que nada se tergiversa tanto como el término libertad. Es verdad: Dios ama por encima de todo nuestra libertad. Quiere que seamos

libres, nos ama en cuanto seres libres hasta el punto de aceptar el riesgo de que nos alejemos de él, con tal de salvar en nosotros la posibilidad de reconocerlo sin constricciones interiores.

Pero **¿por qué Dios ama nuestra libertad?** Porque en nosotros ve la imagen de su Hijo encarnado, que libremente se adhirió siempre al proyecto del Padre, libremente aceptó un cuerpo y libremente se humilló hasta la muerte en la cruz, en la oblación sacrificial que el sacramento de la Eucaristía actualiza cada día en el altar. Del mismo modo, nosotros sólo podremos hacer la experiencia de ser verdaderamente libres cuando, aceptando sin reservas el proyecto de Cristo, participemos también en su libertad.

Por tanto, la libertad auténtica es fruto del encuentro personal con Jesús. En él Dios nos da y nos restituye la libertad que, de otro modo, habríamos perdido para siempre a causa del pecado de nuestros primeros padres. A cada uno de nosotros le sucede lo mismo que le sucedió a la samaritana de la que habla san Juan en su evangelio (cf. Jn 4, 5-43): sintió que renacía interiormente y tuvo la sensación de volver a ser verdaderamente libre en el encuentro con aquel "hombre" que le dijo todo lo que había hecho y le reveló su verdadero rostro y su destino.

Al contrario, el joven rico (cf. Mt 19, 16-22) reconoció en el Señor la posibilidad de una realización humana, pero no tuvo la valentía de seguirlo hasta el fondo, porque, como dice el evangelio, tenía muchos bienes. Creía erróneamente que la verdadera libertad, que anhelaba ardientemente, era ausencia de vínculos, de relaciones y de toda obediencia. Y así, aun siendo aparentemente libre de actuar según sus decisiones autónomas, se fue triste. Sin duda, podemos intentar construir nuestra existencia prescindiendo de Cristo, pero con la única consecuencia de que permaneceremos siempre solos y desconsolados.

VÍA CRUCIS ESCUELA VENECIANA – S. XVIII

Señor Jesucristo, te has dejado clavar en la cruz, aceptando la terrible crueldad de este dolor, la destrucción de tu cuerpo y de tu dignidad. Te has dejado clavar, has sufrido sin evasivas ni compromisos. Ayúdanos a no desertar ante lo que debemos hacer. A unirnos estrechamente a ti. A desenmascarar la falsa libertad que nos quiere alejar de ti. Ayúdanos a aceptar tu libertad «comprometida» y a encontrar en la estrecha unión contigo la verdadera libertad.

Un signo de la misericordia de Dios, hoy especialmente necesario, es el de la caridad, que nos abre los ojos a las necesidades de quienes viven en la pobreza y la marginación. Es una situación que hoy afecta a grandes áreas de la sociedad y cubre con su sombra de muerte a pueblos enteros. El género humano se halla ante formas de esclavitud nuevas y más sutiles que las conocidas en el pasado y **la libertad** continúa siendo para demasiadas personas una palabra vacía de contenido. Muchas naciones, especialmente las más pobres, se encuentran oprimidas por una deuda que ha adquirido tales proporciones que hace prácticamente imposible su pago. Resulta claro, por lo demás, que no se puede alcanzar un progreso real sin la colaboración efectiva entre los

pueblos de toda lengua, raza, nación y religión. Se han de eliminar los atropellos que llevan al predominio de unos sobre otros: son un pecado y una injusticia. Quien se dedica solamente a acumular tesoros en la tierra (cf. Mt 6, 19), « no se enriquece en orden a Dios » (Lc 12, 21).

En efecto, la Iglesia enseña que las estructuras político-jurídicas han de dar "a todos los ciudadanos, cada vez mejor y sin discriminación alguna, la posibilidad efectiva de participar libre y activamente en el establecimiento de los fundamentos jurídicos de la comunidad política, en el gobierno del Estado, en la determinación de los campos y límites de las diferentes instituciones y en la elección de los gobernantes" (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, 75), lo cual comporta para los mismos ciudadanos "el derecho y el deber de utilizar su sufragio libre para promover el bien común" (Ibíd.). Para ello es necesario que cada persona tenga no sólo derecho a pensar y propagar sus ideas, y a **asociarse con libertad** para la acción política, sino que tenga también derecho a vivir según su conciencia rectamente formada, sin perjudicar a los demás ni a uno mismo, y todo esto en virtud de la plena dignidad de la persona humana.

El primer valor ético de la democracia, que coincide con el presupuesto que la sostiene y la alimenta, es el reconocimiento de que la persona humana está dotada por Dios de una dignidad que nada ni nadie puede violar. Es un rechazo de toda forma de sometimiento del hombre por

el hombre y, por tanto, de toda forma de tiranía, absolutismo o totalitarismo.

«Dios es también una cuestión civil, por ser la cuestión humana primordial. Está más allá de las dictaduras y más acá de las democracias».

Te deseo que estas páginas te ayuden a vivir en una verdad y libertad vividas armónicamente a la luz del Evangelio. No hay libertad si no lleva en su ser la verdad. De la verdad germina la libertad.
Con afecto, Felipe Santos

San Pedro interviene en el debate decisivo sobre la libertad cristiana, con toda su autoridad de príncipe de los apóstoles. Nos pone en guardia contra una falsa comprensión de esta libertad nueva, que no debe degenerar en licencia. La libertad evangélica nos libera de todas las libertades falsas que son sólo el velo de nuestra malicia (I Petr. 2,16), haciendo de nosotros " servidores de Dios ". En esta nueva " ley de libertad " (Santiago I,25 y II, 12), que se goza en el servicio de Dios, la enseñanza de los apóstoles es abundante y –al igual que Pablo, Santiago y Pedro no ponen los acentos en el mismo lugar – sobre este capítulo, es la misma doctrina que profesan.

Dicho esto, hay que precisar todavía., volviendo al mismo Evangelio, que esta

libertad cristiana no es debida ni a una posesión inalienable y casi racial, como lo imaginan los judíos en la perícopa de san Juan.

Su polémica con Cristo. Su polémica con Cristo, que constituye la ocasión de este desarrollo, es particularmente significativa y, como por antifrase, nos lleva rectos al Concilio Vaticano II: "Somos la semilla de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie, y ¿tú pretendes liberarnos? " declaran a Jesús, cuando les anuncia que es la verdad la que los hace libres.

Su actitud hace pensar intensamente en la de nuestros republicanos de hoy. " Hemos nacido libres declaran los seguidores de Rousseau (los judíos, porque han nacido hijos de Abrahán ; nosotros, es porque hemos nacido libres de nacimiento como futuros ciudadanos de una democracia y participantes en el

control social). Si pues hemos nacido libres no queremos esa libertad que este Mesías nos trae, es superflua, incluso insultante, se nos da como si fuéramos esclavos ”. Es chocante constatar que en el espíritu de este diálogo, encontramos completamente el argumento que hoy hace al ciudadano indiferente a la religión de Jesucristo: “ Nosotros no necesitamos ser liberados por Ti; hemos nacido libres. ”

Es la forma más corriente hoy de cerrarse al Evangelio que pretenderse así libres de nacimiento, y Cristo lo subraya en su respuesta:

“ En verdad os lo digo, dice el Señor frente a

su pretensión: cualquiera que comete pecado es un esclavo. ” Como a menudo en el Evangelio (y sobre todo en el de Juan), Cristo no busca adaptar su discurso a sus interlocutores o entrar en sus perspectiva. Les explica que esta pretensión que tienen de ser libres de nacimiento es la raíz de su pecado y de su esclavitud. Y es evidente que nunca aceptarán los judíos ser considerados como esclavos. De igual forma, los hombre a quienes me dirijo en los inicios del siglo XXI no pueden soportar reconocer su esclavitud, antes de aplicarles o endosarles la libertad cristiana. Por lo demás, es esta onerosa humillación de la que les dispensa el Concilio Vaticano II, explicándoles que no tienen ya que convertirse, que no necesitan ya reconocer sus errores o sus pecados como obstáculos para su salvación y deben simplemente “llegar a ser más hombres”, tomar conciencia de lo que son o liberar la

gracia que está en ellos... La predicación conciliar parece elaborada para los ciudadanos modernos y que se saben nacidos libres. Queda por comprender que ella no introduce a la religión auténtica de Jesucristo.

Me parece que hay, en este corto diálogo evangélico, de qué curarnos respecto al espíritu de la libertad religiosa y de qué convertirnos a la verdad de la Palabra de Cristo. Si nos fingimos libres frente a la verdad divina, libres ante ella, demostramos simplemente que somos incapaces de percibir en qué profundidad se sitúa esta verdad de " la palabra que ha sido implantada en nosotros " (Santiago I,21).

De alguna manera, nos declaramos incapaces de la menor fe.

Si tuviéramos la fe como un grano de

mostaza, comprenderíamos que no tenemos ningún derecho a la libertad, sencillamente porque no la poseemos. Sin la fe y la verdad, la libertad lleva al pecado.

Es imposible ser cristiano de otro modo. La fe no es una opción.